

Santiago Craig

EL NOMBRE DE TODOS  
LOS SONIDOS DEL BOSQUE

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

SANTIAGO CRAIG  
EL NOMBRE DE TODOS  
LOS SONIDOS DEL BOSQUE

TUSQUETS  
EDITORES

## El nombre de todos los sonidos del bosque

Ahora duerme.

La cara plana y sin tensión, la cara cualquiera. Volcada sobre sí misma como una enredadera mojada. Un rejunte de telas y exhalaciones que parecen llevar encima del colchón magro. Ahora descansa.

Va a ver un bosque, después. Un escenario montado con recortes del día anterior: la gelatina de la cena, roja y fría, tiembla en las ramas de los arbustos. Una fruta. Muchas frutas. Insólitas. ¿Cómo es posible esta maravilla, en los árboles del mundo, colores así, esos bamboleos? Además, un ruido. La plaga de grillos que anunciaron en televisión. Mariposas. En el bosque soñado, los grillos son eso. Porque quieren. Liban los estambres de las flores azules y celestes que crecen en la costra áspera de las raíces. En los pinos. Entre los hongos. Va a ver, en ese bosque, búhos que recitan números (dos mil trescientos veinticuatro, mil seiscientos quince, trece millones quinientos mil setecientos veintidós). En su libreta, otros anotados, son los mismos. Que en el sueño. Que en los búhos. Y esos aplausos que vuelan iluminándola como luciérnagas, volviendo el sueño sueño, el sueño extraño, son el viento que golpea la persiana de madera. El ruido de la noche verdadera.

Ahora duerme.

Ese bosque que va a ver, cuando se despabile, no va a ser el sueño. Va a ser lo que del sueño ella se quede.

Ahora todavía duerme y sueña. Pero después, despierta, va a poder ver que el cielo es verde empañado, verde grasoso. Verde como el verde del vidrio de un sifón. Va a poder ver el cielo que, hacia el horizonte, empieza ya a aborregarse. No va a ver lluvia, pero sí cómo nace una tarde nublada, con el sol escaso y lerdo. Del sueño va a volver con algunas palabras. Con esas palabras, va a armar frases. “Las caléndulas no huelen a nada”. “Las violetas son comestibles”. Sueltas va a dejar otras: “sangre”, “fuego”, “cicatrices”. Antes de que el sueño explote en una nube de talco, todavía un poco de cada lado. De allá, en el sueño. De acá, en la habitación, en la casa, en el campo. Todavía, una frase más: “También las flores tienen sangre, como el fuego, cicatrices”.

Ahora duerme.

Eduardo ronronea atrás de la puerta, se frota contra el mosquitero. Sabe algo. Hay una secuencia. Su dueña, el sol, el alimento. Eduardo no puede esperar a que las cosas sucedan. Hace algo. Cede al escozor en la piel. Una vibración en el morro. Cede al maullido, al restregarse.

Ahora duerme. No sabe que es un ruido Eduardo. Ese ruido afuera. Esos ruidos en el sueño. Los aplausos que la escoltan por el sendero, mientras duerme. Los golpes del viento y los postigos. Además. Las pezuñas de Eduardo raspando el mosquitero.

Después, va a erguirse en la cama de golpe. Como si otra mano de nadie la sostuviera, la impulsara. En la boca va a tener un gusto amargo y va a tragárselo. No va a registrar su mirada en el espejo que cuelga de la pared, pero va a verse. Despierta en un sopor rosado. Despierta, pecas y lagañas. La cara suya recompuesta. Sola.

Se va a mojar con agua fría los párpados, se va a cepillar los dientes y va a ir a la cocina para calentar café y tostar fetas de pan en una sartén de hierro. La corona de fuego azul. Un cubo de manteca. El chisporroteo. Va a caminar hasta la puerta y le va a decir “mish” a Eduardo, le va a decir “vaguito”, le va a decir “¿Dónde estuviste?”.

Va a rascarse los tobillos. Los mosquitos se ensañan con sus tobillos y no hay insecticida, ni fórmula. No hay limón. No hay manera. No hay modo de ganarles en el campo. La casa está tapiada con mosquiteros verdes. Espantosos. No había otros. En los negocios de Arrecifes hay siempre una o dos versiones de cada cosa. Una. Dos. A lo sumo. Una. Pero, si iba a tener que pasar unas semanas ahí, no era importante lo lindo y lo vistoso: lo importante era estar resguardada. Unas semanas, unos meses, un tiempo. Resguardada.

Va a buscar al mosquito que la picó. Va a buscar un mosquito. Va a encontrar, buscando al mosquito, un agujero en el mosquitero de la puerta; un hueco redondo del tamaño de una moneda. No de una moneda nueva, de una más ancha y pesada, como las que, cuando era chica, servían para pagar un sándwich y un licuado de frutas en el Café Savoy. Por ahí

entró y salió el bicho. Por ese agujero moneda. Por ese espacio roto.

Eduardo (“mish”, “vaguito”, “¿Dónde estuviste?”) había desgarrado el tejido. Había pasado su mano. Una garra. Había desgarrado. De afuera hacia adentro. Un hueco, un insulto y el intento, torpe, de una patada. Va a correr Eduardo, apenas le abra la puerta. Va a lamer su plato con leche, va a masticar su comida balanceada. Crocante. Mientras lama, mientras muerda, lo va a insultar (“gato estúpido”, “desubicado”); va a tratar de alcanzarlo con su pie descalzo. No va a poder. El hocico y los bigotes blancos, húmedos. Los ojos vacíos y el gesto sin pena. Indiferencia. No va a entender Eduardo qué fue lo que hizo mal. Es un gato. No va a aprender nada. Si puede, va a volver a hacerlo.

Ella va a pasar su dedo índice a través de la abertura y va a palpar con la yema el borde de los filamentos plásticos. ¿Por qué no son planas esas cosas? ¿Por qué no son lisas y compactas? Para que puedan pasar la luz, el aire; para no fijar del todo una división como la fijan la madera, los ladrillos, la piedra. Permiten, los mosquiteros, una incomunicación mínima y específica. Entre lo de adentro y lo de afuera.

“Angurriento”, va a decir. En voz alta. Para nadie. “Parece que no tomaste leche nunca en tu vida”. Y es así. Va a saber. Viendo a Eduardo. Podría ser eso. Los animales domésticos viven una ilusión que se repite: durante la noche, el mundo muere para siempre (es un miedo la oscuridad, la pausa desolada, un vacío) hasta que, cada mañana, despierta. Vuelve a estar ahí para alimentarlos en la boca.

Su papá sabía el nombre de todos los sonidos del bosque. Se los marcaba. Con el dedo señalando, con el dedo cruzando los labios. Le decía. Este es tal, este es cual. Cuando caminaban para cambiar el agua de los animales. O para cualquier otra cosa. Cuando caminaban. Juntos. Le iba enseñando qué era qué en el bosque. Cómo identificar. El bosque, para su papá, para ella, era eso a lo que los demás le decían el campo.

Los machetazos que partían la sombra muda de la siesta eran el canto del hornero. Gris el canto. El barro sucio de su nido. Rasposo. El jilguero, en cambio, era una garúa de agujas en el fondo de un lago. Cada día encajaba una palabra distinta en el fraseo del zorzal. A veces, decía “mano”, el zorzal, a veces, “verte”. Y había colores en esos cantos: pecas negras, vientres ladrillo, alas de dorso verde, canela. En ojos de iris negro, el marco de un antifaz. No separaba. Su papá decía que no había manera de saber cuándo algo era un ruido, cuándo algo era un canto.

La vibración en el buche de las ranas trepadoras, las verrugas de los sapos ablandándose al sol y las lauchas royendo la madera podrida. El nombre de todo. Caminando hasta los corrales. Si escuchaba quebrarse una galleta, era un zorro que se escondía en la cebadilla. Si el suelo se pisaba sin ruido, en la tierra crecía pasto salado. Era gramilla si, con cada paso, se escuchaba un roce de muelas enanas. Muelas en la boca de un bicho. Muelas en la boca sin dientes de un pájaro cualquiera. Los lirios y las azucenas no hacían ruido. No había sonidos en los racimos de flores blancas de las acacias.

Cayendo maduros, al suelo. El viento era lo único que se escuchaba entre las flores. Haciendo bailar a los rabos gordos y peludos de las cortaderas.

Sabían los sonidos. Ella. Su familia. Sabían todo del bosque. Ahí habían nacido; ella, su papá y su abuelo. En el campo. Su abuelo no hablaba tanto. Aunque sabía más. Su abuelo era viejo siempre y silencioso. Como ella.

Ahora duerme.

Despierta, después del desayuno, va a caminar hacia el chiquero. Va a ir pisando el pasto gastado por los pasos de su mamá. Un camino vacilante, desconectado. Un sendero. Se hereda y se arrastra de una madre a una hija, de un abuelo a una nieta, esa cadencia. Un apego a la pausa, al sigilo. Los genes son esa música: la partitura de un ritmo.

No va a estar encendida la amenaza. La tormenta encima del campo. Cuando llene los baldes con verduras y alimento balanceado, el cielo va a seguir siendo ese verde opaco. Apenas unas nubes flacas van a dejarse aparecer encima de los sauces.

Los chanchos no comen cualquier cosa. Saben diferenciar la basura de la comida. Saben distinguir la comida buena de la mala, la sabrosa de la insulsa. Con un acercamiento apenas del hocico. Alcanza.

Son delicados los chanchos. Con todo su olor. Con sus sonidos. Cada vez que vacía los baldes en los comederos, se queda un rato viéndolos comer. Se levantan del barro con la pereza de empleados administrativos; parece que fueran a poner un sello, a atender un teléfono. Huelen y separan con el morro la lechuga, las

raíces, todo lo verde, y engullen sin masticar las cáscaras de papa y de batata, los restos de zanahoria y esa pasta informe de vitaminas y cascarilla de trigo seca que les compra en la veterinaria.

Ahora hay cuatro chanchos, pero hubo más. Se los comían en Arrecifes. A los chanchos y a los pollos. Su mamá no le decía, como otras madres a otros chicos, que se iban lejos, que los adoptaban como mascotas. Su mamá le decía que a los chanchos y a los pollos se los comían. En Arrecifes.

Antes de saber que la gente del pueblo los cocinaba, los chanchos y los pollos no eran nada. Lo mismo que el aire, las plantas, el tiempo. Pero, cuando se los imaginaba abiertos y rodeados de verduras asadas, adobados con ajo y especias, encima de la mesa de su maestra de geografía o de la familia de Susana Paulini, de Marcos Alcaraz, eran otra cosa. Mejor. Importante.

Cuando se despierte, va a darles de comer a los chanchos y a los pollos. Ella era una nena. Soñaba un funeral como un banquete. Un cuerpo desnudo y rodeado de vegetales se ofrecía a los invitados en una bandeja de plata. De persona en persona. De mano en mano. Por eso, cuando le preguntaban qué animal le gustaría ser si pudiera elegir cualquiera (y era esa una pregunta muy frecuente entre los chicos del campo), ella los hacía reír a todos. “Un chanchito a las brasas”.

Por cosas así, estaba sola: donde ella veía prodigios, trascendencia (no sabía nombrar la trascendencia, pero sentía caer arena mojada de su estómago a sus pies, algo enorme en ella deshaciéndose), los otros veían una broma.

Se había ido del campo a los dieciocho, aunque quería irse desde los nueve. Desde cuarto grado quería irse. Pensaba que iba a ser pobre y vivir en una choza de cartón y de barro. Le hacía ilusión. Había un libro que le leían en la escuela. Era una vez, una osita que huía de la casa de sus padres y, con ayuda de algunos pájaros y roedores, armaba un refugio sólo para ella. No tenía moraleja el libro. No había castigo en la fuga, no había pena. A la osita le iba bien. Viviendo en su choza con las arañas y los gorriones. Nada se sabía de los padres después de la página seis. La osita se llamaba Cecilia, tenía un vestido con corazones rojos y cintas azules atadas en el pelo. Era su horizonte, el de la osita Cecilia, a los nueve años. Era su horizonte irse. No le gustaban los chicos de Arrecifes. Afuera, en el mundo, no había chicos de Arrecifes. Desde los nueve años, ahí quería ir. A los lugares sin nada, al cartón y al barro y a la amistad sincera de los insectos y los pájaros.

Después, lejos ya, adulta, ida, quiso una cocina amable y un hombre sentado en el living esperando la cena. Quiso ver si era ella una de las chicas que, en la ciudad, caminaban pisando los charcos y moviendo las caderas como el tambor de un lavarropas. Y estuvo ahí. Y encontró eso. Sin cartón, sin barro, sin pájaros ni insectos.

Tuvo que volver sola. Sola estaba. Tuvo que volver porque era la última. Después de su mamá, ahora, cuando despierte, va a estar de nuevo en la casa del campo. La última. Anotando faltantes en su libreta naranja, alimentando a los pollos y a los chanchos.

Cuando despierte, va a mirar, por encima de los lomos de los chanchos, los sauces y la llanura. Entera, pareja, igual. Va a ver, otra vez, a los chicos de Arrecifes tirándoles botellas de plástico a los patos en el lago.

Ahora duerme.

Cuando duerme resopla por la nariz, carraspea. No fuma ya, pero fumó y el cuerpo no se olvida. Huele a cera cuando duerme. Nunca se lo dijeron. Nunca nadie comparó su olor con el de una vela derritiéndose. Pero si alguien se hubiera girado en la cama, todavía dormido, casi, podría haberle dicho. Un olor a cuero lustrado, a grafito. El olor de la cera tibia y blanda cuando dormía.

No lo dijo nadie, nadie lo sabe.

Ahora duerme.

Cuando se despierte, va a sentir un sabor a cobre sucio en la garganta. En ese sabor se reconoce. Cree oler a monedas, a llaves, a algún tipo de metal manoseado. Cree que es ese el olor de las personas. Detrás de los desodorantes y los perfumes. También el de los piletones con agua de lluvia y hojas secas de los pollos y los chanchos, el de los principios de las tormentas.

Cuando se despierte, va a olfatear la brisa que arrastra las nubes y va a estirar el cuello, para adivinar en los olores del cielo la voluntad del clima.

No va a haber lluvia, ni truenos, ni relámpagos. Todavía. Va a pasar el tiempo.

Lejos, mientras alimenta y acomoda, mientras repasa y anota, va a ver los movimientos elásticos, primero, los saltos y los brazos flameando debajo de los sauces largos. Van a ser ya las cuatro y media, las cinco de la

tarde. Ya pasada la mañana, ya comidos los animales. Su almuerzo, pan y sopa y una porción de tortilla fría. Va a caminar hasta el lago. Limpiándose las manos en la pollera y frunciendo el entrecejo. Una arruga limpia, vertical. Va a ver los cuerpos. Las sombras solas. El puro movimiento.

Son hombres. Parecen hombres. Podrían ser. Son largos, ágiles. Levantan botellas de un cajón y les apuntan a los patos. Son malos. Va a gritar. Va a gritarles. “¿Qué están haciendo?”, “¿Están locos?”. Pero no van a escucharla, no todavía.

Antes de llegar, entre los árboles, va a ver una camioneta estacionada. Encima del techo de la cabina, alguien. Un hombre casi, podría ser, pero no un hombre entero, no todavía. Algo más difuso: un chico. Duerme o descansa despierto. Una gorra con visera le cubre con sombra la cara.

Los otros van a verla aparecer y van a susurrarse bromas. Ella va a entender que se ríen, que murmuran. El chico en la camioneta va a abrir apenas los ojos. Las nubes grises que parecían tormenta van a pasar encima del lago y se van a ir, sin lluvia, hacia las casas del pueblo.

“¿Qué están haciendo?”, va a decir, “¿Ustedes están locos?”.

“Nosotros estamos jugando al tiro al pato. No estamos locos. Estamos jugando al tiro al pato”.

Va a hablar el más bajo de los cuatro. Antes que los otros. Un chico con un bigote incipiente debajo de la nariz. Una pelusa. Una sombra. Con pecas y granos en

las mejillas, en la frente; las cejas juntas, los labios finos y secos. Feo. Va a decir:

“Los patos están jugando con nosotros”.

“Los patos no están jugando con ustedes. Ustedes están molestándolos y ensuciando el lago”.

“¿Usted puede hablar con los patos?”.

Va a ser un chico rubio, casi pelirrojo el chico que hable después. Muy parecido a otro más gordo. Parecido, pero no igual; parecido como son parecidos entre sí los primos y los perros, los cónyuges, no los hermanos.

“¿Qué?”.

“Si usted puede hablar con los patos”.

“Lo que yo puedo es echarlos de acá porque están molestándolos y ensuciando todo con las botellas”.

“Usted no sabe cómo se divierten los patos”.

“Seguro que no se divierten con botellazos”.

“Usted eso no lo sabe”.

Además del chico feo y de los chicos parecidos, va a haber otro muy alto. Ese chico va a juntar las botellas que las ondulaciones del agua devuelvan a la costa. Como si ella no estuviera ahí, va a volver a tirarlas.

“¿Y ese qué hace? Díganle que deje de tirar botellas o voy a llamar a la policía”.

“Dígale usted. Él la escucha y habla su idioma”.

Va a gritar, como grita ahora en el sueño cifras un búho. Ella va a gritar: “¿Podés dejar en paz a los patos?”, y el búho grita “sesenta”, grita “ocho mil quinientos treinta y siete”. Si su papá, desde el umbral de la casa, desde el chiquero, hubiese oído el grito, no hubiera podido decir si hablaba un búho en un sueño, si hablaba una mujer enojada. Si ella hubiese escuchado el grito,

desde la casa, desde un sueño cualquiera, hubiera estado segura de que la que gritaba era su mamá.

“Estamos jugando. Si los patos quisieran irse, volarían”.

¿Por qué no se van los patos, si pueden irse? ¿Por qué no vuelan y se escapan del lago a otro lugar en donde los chicos no puedan molestarlos?

A esa hora de la tarde, el lago va a ser un alboroto de reflejos ocres y plateados y ella va a quedarse callada, después de haber gritado. Va a quedarse viendo brillar, en los ojos de los chicos, la luz del sol que se diluye como un cubo de azúcar en una taza de café con leche.

El chico que dormía encima de la camioneta naranja va a bajar sin hacer ruido. Perezoso, felino. Del bolsillo de su camisa va a sacar un cigarrillo suelto. Todo en él va a ser lento. El chico de la gorra va a masticar las palabras. Cuando hable, va a hacerlas explotar en su boca con un chasquido acuoso. El ruido del jugo que se desprende de las tiritas de hierba que los vagabundos pasean entre sus dientes podridos.

Va a poner en cambio la camioneta y, sin acelerar, soltando el embrague, va a avanzar desde los árboles hasta el lago. La camioneta, roída por todas partes; sucia y aparatosa, torpe, se va a mover como un oso o un tronco rodando, como un cascote.

Va a sonar la bocina. Una bocina. Dos veces. Ese ruido raro, ese ruido ajeno. En el bosque. Va a dejar quietos a los cuatro chicos. El cuello levantado, la nariz atenta. Ella va a enderezar su cabeza. Sobresaltada. Arriba, en el

aire limpio, los patos van a aletear, a empezar un vuelo. Va a verlo bajar de la camioneta. Va a hablarle.

“¿Son amigos tuyos?”

“No. Son chicos”.

Va a mover su brazo. Uno de sus brazos. Un gesto en el aire. El giro de una capa roja delante de los cuernos del toro, el guardabarreras cediendo el paso. Sin decir nada, los cuatro chicos van a responder. Van a juntar sus remeras, algunas botellas. Van a ir al bosque. Van a perderse entre los árboles.

“Estaban molestando a los patos; ensuciando el lago”.

“Sí. Hacen eso. Para divertirse”.

“Van a tener que encontrar otra forma de entretenerse”.

“Usted vino a vivir a la casa blanca, ¿no?”.

“Sí. Vine. Es mi casa”.

“¿Y la señora Vogel? ¿La conoce?”.

“La señora Vogel murió. Era mi madre. Ahora yo soy la señora Vogel”.

“Usted no es una señora. Usted es joven”.

Desde el cielo, los patos van a volver al lago. No van a estar nunca lejos. La copa de los árboles. El aire. Nada.

“Gracias por espantar a los chicos. No me hacían caso”.

“Yo no los espanté. Yo eché a los patos y los chicos se fueron solos”.

Ahora duerme.

Cuando se despierte y camine por el bosque, por el campo, después de haber alimentado a los pollos y a los chanchos y a Eduardo y a ella, va a apoyar en su falda

la idea de pasar una temporada en la casa del campo. Va a acariciarle el lomo, sentada en una banqueta, en la galería, y va a pensar que, una vez que termine el inventario y releve el estado del suelo, las paredes y las cañerías, no tendría que volver con urgencia a Buenos Aires. La va a entusiasmar un rato la imagen de ella entre las flores y los grillos, en su casita del bosque.

El chico de la gorra va a decir que a los patos no les molestan las botellas, que juegan con los chicos. Que, desde antes, la señora Vogel sabía. Dejaba.

“Tienen razón. Nosotros no sabemos nada de lo que les gusta o no les gusta a los patos”.

“Puede ser, pero estaban ensuciando el lago”.

“Eso es cierto. ¿Por qué le importa tanto el lago? ¿Es suyo?”.

“No, no es mío. No tiene que ser mío para que me importe”.

Van a hablar, ella y el chico, de la camioneta. Arriba, el cielo limpio y pálido que habrán dejado así, yéndose, las nubes. Los patos en el lago. El viento suave. Van a conversar como si hiciera falta. De los chicos y los patos y del lago. Del campo y de la casa, de Arrecifes, de la camioneta. De la tormenta que pasó sin hacerse. Después de un rato de hablar así, ella va a decir, sin que el chico pregunte:

“Me llamo Cecilia”.

Ahora duerme.

Sueña con un bosque de gelatina.

Cuando esté despierta, parada de espaldas al lago, enfrente del chico que apoya la suela de sus zapatillas

en el paragolpes de una camioneta rotosa, va a decir que algunas flores sin olor pueden comerse. Va a hablar de los olores. Va a hablar de los sonidos del campo.

Cuando ya haya pasado la yema del dedo índice por el hueco del mosquitero y haya anotado en su libreta el goteo de las canillas del contrafrente, el tamaño de la rajadura en el techo del comedor. Va a escuchar al chico de la gorra decir “viaje”, preguntar “por qué”, pronunciar un nombre. “Tobías”.

Cuando se deshaga su enojo con los chicos que tiraban botellas en el lago y el sol sea casi nada en el cielo. Cuando haga frío. Cuando empiece a hacer. Cuando ya hayan hablado de su mamá, la señora Vogel, y de sus días sin nadie, sin ella, en la casa blanca. Cuando el chico haya fumado cuatro cigarrillos y le haya contado que él, como ella, también quería irse a otro lado, pero no a Buenos Aires. A un lado cualquiera. Otro. Van a estar sentados en el suelo, mirando flotar a los patos cerca de la orilla opuesta del lago. Van a compartir una petaca con algo. Whisky podría ser. Otra cosa más dulce.

Van a estar durmiendo en el corral los pollos y los chanchos. Debajo de los escalones podridos de la casa blanca, Eduardo va a estar recostado encima de la tierra tibia todavía. Y el silencio del campo se va a ir tragando el bosque como una mancha de nata. No va a haber, además de ellos, otra cosa.

“¿Usted ahora se va a quedar acá? ¿Ahora que su mamá murió se va a quedar a cuidar la casa?”

No va a decir lo que quisiera. Va a distraerse mirando las mejillas hundidas, la mandíbula sólida, sus codos en punta, sus uñas desaparejas sucias de tierra.

No va a preguntarle si su edad es la que supone, si no tiene miedo de perder el tiempo, de que se le escape. No va a pedirle por favor que la tutee. Va a decir nada más que sí:

“Sí, yo me quedo”.

Ahora duerme.

Cuando abra los ojos, va a pasar en un rato el día entero. Ese día. Va a armar sin partes, sin todas las partes, el sueño que ahora sueña. Las plantas de gelatina, las mariposas, los aplausos, los búhos gritando cifras. Va a ver pasar encima de ella una tormenta, va a alimentar a su gato, a sus pollos y a sus chanchos. Va a caminar, sin saber, a su lago. Va a tomar notas. Va a defender a los patos. Va a comer pan, tortilla. Se va a enojar con los chicos de Arrecifes. Por molestar, por jugar bruto, por ensuciar sus cosas. Va a destacar entre otros algunos ruidos. Va a hablar con un chico, con un joven, un hombre casi. Sentados en el suelo. Va a hacerse de noche. O casi. Va a ser la tarde roja y anaranjada. Va a tener un color y un ritmo. Un modo de desvanecerse. Y ella va a decir un nombre nuevo. Inédito en su voz ese sonido. Tobías. Y, mientras conversen, Tobías va a decirle Cecilia. Tres veces. Una. Otra. Y la última cuando, en la cerca, antes del sendero que lleva recto a la casa blanca, la despida con un beso en la cabina de la camioneta.

Ahora duerme.

Cuando haya pasado el día, va a llevarse las manos a su cara para aplacar un picor repentino en los labios y va a palpar el hocico, el filo vibrante de los bigotes, los colmillos cerosos. Su cara de siempre. Su cara de antes.

Su cara ahora. Va a bajar de la camioneta dando un salto chiquito. Va a saludar a Tobías. “Nos vemos pronto”, “Nos vemos por ahí”, “Nos vemos algún día”. Va a agitar en el aire su garra peluda y regordeta. Un animal aparte en el aire esa mano bamboleante. Va a decir, sin que sea un sonido para otro más que ella, la palabra “suerte”.

Cuando vuelva a entrar en su casa, va a notar otra vez el hueco en el mosquitero y va a pensar que es peligroso dejarlo así; que si por ahí pudo meterse un mosquito, también podría meterse cualquier otra cosa.

La camioneta y Tobías van a ser un ruido que se traguen los otros sonidos del bosque. Y un rato después, no van a ser más nada. Cuando apoye en la mesa de luz su reloj, un vaso con agua y las cintas azules que desató de su pelo. La noche igual a la noche. Con esa luna a medias. Cuando, en su casa blanca, en el medio del bosque, sola entre los árboles y los animales, vuelva a dormirse.